

## Fin de los imperios, triunfo del capital

**C**OMO ALGUNA VEZ LO EXPRESAMOS en una NOTA de esta Revista, lo que llevó al desastre a la URSS fue la trágica confusión entre filosofía, política y economía, ciencias que reunió en un todo el marxismo, y a las cuales asignó un único intérprete: el Estado-Partido Único. “En adelante, escribió Marx creyendo haber descubierto la verdad, la tarea de la filosofía no es la de interpretar al mundo, sino la de transformarlo”. Fue la confusión del rey filósofo que revive Marx a mediados del siglo XIX. Falló la filosofía —el simplismo marxista— y, desde luego, tenía que fallar la política del partido único y la economía dirigida por esa filosofía y ese partido único.

*Un interesante análisis de la naturaleza del capitalismo a la luz de estas consideraciones y experiencias históricas, es el que hace el catedrático español Santos Juliá, publicado en CLAVES, del cual reproducimos la parte final.*

No haber llevado a sus últimas consecuencias esa reflexión sobre la autonomía de lo económico que introduce el capitalismo impide comprender la fuerza del capital, porque sin ella es imposible entender su potencial universalización, su tendencia a convertirse en sistema económico universal. No es una casualidad que nunca antes haya existido una economía-mundo verdaderamente universal: si el capitalismo hubiera sido, como los anteriores, un modo de producción vinculado a una determinada forma de poder político, no habría tenido nunca esa potencial capacidad de convertirse en modo universal de producción. Sólo el capitalismo, al triunfar sobre sus predecesores —modo de producción antiguo, feudal, asiático y cualquier otro que pudiera pensarse— y al asistir, algo atónito ciertamente, al entierro de su eventual y temido sepulturero, ha logrado convertirse en único sistema económico mundial. La “dirección evolutiva de universal alcance y validez” que Max Weber atribuía con sus habituales cautelas a ciertos fenómenos sociales propios de Occidente —entre ellos, sobre todo, el capitalismo— se cumple hoy, bajo nuestras miradas, por vez primera.

Esto quiere decir, por una parte, que el capitalismo no encierra en sí mismo ninguna contradicción que garantice su decadencia y derrumbe. La tesis del derrumbe del capitalismo, que ha alimentado las expectativas de generaciones y generaciones de anarquistas, socialistas y comunistas, es una falacia. El capitalismo no tiene por qué derrumbarse; teóricamente, al haber escindido lo económico de lo político e ideológico, puede reproducir-

se sin fin. Indudablemente, esa potencialidad autorreproductora entraña cambios sustanciales dentro de la propia definición del capitalismo, que no es hoy lo que fue a mediados del siglo XIX y que no es en Francia lo que es en Perú, y garantiza al mismo tiempo su perdurabilidad, su capacidad para superar las crisis inherentes al sistema. Aunque teóricamente fuera imposible pensar un modo de producción dotado de una contradicción interna, los siglos de historia del capitalismo muestran bien, sin necesidad de recurrir a los principios de una lógica elemental, que tales contradicciones no pasaban de ser desequilibrios, tensiones o conflictos que el propio sistema puede superar sin necesidad de negarse en una “síntesis superior”.

Pero, por otra parte, al realizar su potencial universalista basado en la autonomía de la esfera económica, el capitalismo, que es desde su mismo origen compatible con las más variadas formas de Estado, parece exigir que la esfera de lo político se organice como pluralidad multiestatal. Si el capitalismo se hubiera organizado como imperio, si hubiera ligado su suerte a alguna potencia mundial imperial hegemónica, habría creado las condiciones de su propia desaparición. Pero al ser el sistema económico de una pluralidad multiestatal, el destino final del capitalismo es, como la propia esfera económica, relativamente independiente de lo que ocurra en las relaciones entre Estados.

De ahí, en fin, que la potencia hegemónica capitalista no tenga por qué ser —es más, tiene que no ser— un imperio territorial. El pensamiento marxista ha vivido demasiado tiempo entregado acriticamente a una supuesta ley de desarrollo del capitalismo que tenía al imperialismo como su estadio superior y último. Esa es la segunda gran falacia que impide comprender la naturaleza histórica del capital y de los imperios. Los imperios territoriales y coloniales que se suponían estadio superior del capitalismo, son una necesidad estructural derivada del poder político de las noblezas terratenientes, pero no del capital. El capital puede prescindir perfectamente de imperios, puesto que se puede extender —de hecho, se ha extendido— por todo el universo sin necesidad de atarse a ningún imperio territorial o colonial: el capitalismo es la primera forma universal de poder económico no sujeta a una forma universal de poder político. Más bien ha ocurrido lo contrario: el capitalismo se ha desarrollado como sistema universal gracias a la competencia interestatal. No es seguro que el mantenimiento de esa competencia sea una condición de la reproducción del sistema, pero todo apunta a que así es en efecto.

Tal competencia —como muestran los casos alemán y japonés— no tiene por qué situarse necesariamente en el terreno militar ni llevar a invasiones ni a la ocupación territorial del Estado competidor. Estados Unidos puede sentir la competencia de Japón y tomar medidas más o menos eficaces para limitar su alcance. Entre esas medidas es difícil imaginar, sin embargo, el envío de un ejército de ocupación y el sometimiento de la clase dirigente japonesa a una autoridad colonial, como fue el caso del Imperio Británico y la India. Del mismo modo que el Estado capitalista hegemónico no tiene

porque ser un imperio territorial, como si debían serlo por necesidades estructurales las potencias hegemónicas de la antigüedad y del feudalismo, el capitalismo como modo de producción no necesita la guerra como una exigencia estructural, como la necesitaba la aristocracia terrateniente y el feudalismo o como la han necesitado los imperios territoriales y coloniales. El capital, en resumen, puede progresar sin imperios y sin guerras: las bases de la perdurabilidad de su triunfo se presentan así más sólidas y universales que las de cualquier otro sistema económico o modo de producción anterior.

El triunfo del capitalismo puede merecer todos los juicios de valor que se quiera, pero rara vez un juicio de valor puede cambiar los hechos. Y los hechos más duros de este fin de siglo son que el capitalismo ha alcanzado una dimensión universal, de Estado-nación. Hay, pues, aunque de un final de milenio se trate, mucha más continuidad que ruptura con el pasado; no estamos ante el ocaso de una era, el fin de la modernidad o de la historia, sino ante la culminación de procesos de larga duración, iniciados en la Baja Edad Media europea y acelerados desde los primeros años del siglo XVI: de ahí procede, en efecto, el capitalismo y el Estado-nación que acaban de conquistar el mundo. Si para bien o para mal es cosa que sólo un moralista o un profeta se atreverá a responder.

*Santos Juliá*

---